

## LA REVISTA DE LA ASOCIACIÓN DE ESTUDIANTES DE MEDICINA

La aparición de la *Revista de la Asociación de Estudiantes de Medicina* representó el cumplimiento de una promesa electoral.

Durante el año que ocupé la presidencia de esa asociación, la revista, venciendo múltiples dificultades, apareció mensualmente y su duodécimo número constituyó una publicación extraordinaria, con ciento cincuenta páginas y numerosas fotografías y caricaturas.

El personal de la revista era numeroso. Cada actividad tenía su jefe y su vice. Como los cargos eran honorarios, podíamos ser liberales en concederlos. Pero, en realidad, la revista era obra de tres personas: Paquito Rabassa, que fungía de director, administrador, repartidor y cobrador; Oscar Forest, el incomparable *Oskar*, que era dibujante, caricaturista, decorador, director artístico y jefe del departamento de clisés en madera; y yo, que compartía con Paquito las tareas de administración, dirección, repartición y recaudación. Además de estos cargos teníamos, como colaboradores, a los profesores y a los estudiantes. Los profesores, con honrosas excepciones, se-hacían de rogar. Entre los estudiantes, los había de dos clases: los que al igual que los catedráticos, ofrecían sus trabajos y demoraban en entregarlos y los que se empeñaban en que la revista les publicara lo que ellos consideraban interesantes trabajos y eran, en realidad, copias más o menos exactas de algunos capítulos de nuestros libros de texto.

Pero el asunto del material científico era secundario. Lo que resultaba más peliagudo y espinoso era reunir la mitad del importe de la tirada, que teníamos que pagarle por adelantado al dueño de la imprenta, no porque el «maestro» desconfiara de nosotros, sino porque sus fondos de reserva estaban reducidos a cero.

A veces, teníamos plétora de material y arcas exhaustas y se retrasaba el proceso de impresión, hasta que se lograba realizar la operación financiera que aportara los cinco o seis pesos que faltaban..

En otras ocasiones, y eran las menos, temamos dinero, pero el material científico era escaso. Entonces, con el uso de la tijera, colaboraban en nuestra modesta publicación los más ilustres profesores de Europa y de América.

Los sábados eran días de gran actividad. Los dedicábamos al cobro de los anuncios y de las suscripciones de los profesores.

Es curioso recordar la reacción de algunos de ellos: Bluhme y Ramos pagaban sin chistar; Abela se quejaba de que no le habían cambiado el anuncio, a lo cual se negaba el «maestro» a causa del precio tan modesto que abonaba el anunciante; Veloso creía siempre que ya había pagado el anuncio y perdíamos mucho tiempo en la revisión de los archivos, que siempre le era desfavorable.

Algunos profesores pagaban con regularidad y sin resistencia. Entre ellos recuerdo a Finlay, Tamayo, Casuso y Valdés Anciano. A Varela Zequeira y a Emilio Martínez les parecía muy cara la revista. Coronado pagaba, pero advertía que sería por última vez. Grande Rossi, en cambio, consideraba nuestra labor recaudadora muy penosa y abonaba la suscripción por semestres adelantados. Genio y figura...

La revista se imprimía en lo que podía llamarse, con propiedad, un «chinchal». Se paraba a caja, letra a letra y, más de una vez, el aprendiz era enviado a una imprenta amiga en busca de unas cuantas *ces* y varias *Notas* que se requerían para terminar un trabajo.

Cuando preparábamos el número inicial, atravesábamos una de esas situaciones en que no teníamos dificultades económicas, pero estábamos escasos de material de publicación. La revista se encontraba paralizada por la falta de un trabajo que ocupara dos caras.

Yo había redactado las palabras de salutación y, además, un artículo escrito en tono enérgico, codenando la degeneración a que había llegado la simpática costumbre de las novatadas. Ya de esto he hecho mención anteriormente.

Ante la urgencia de material, decidí crear una sección humorística que denominé «Cubaneos» y escribí el primer artículo que firmé con el seudónimo de doctor Boquillón. Dedicué el artículo al estudio de «El jabón como entidad morbosa» y lo desarrollé utilizando la forma clásica en que los libros de patología estudian las enfermedades.

Nadie comentó mi artículo sesudo y doctrinal sobre las novatadas, pero el relativo al «jabón» obtuvo un éxito extraordinario e inesperado para mí.

Creo que esta experiencia marcó un derrotero en mi producción. La reacción del público fue más favorable al trabajo humorístico que al de estilo grandioso y rimbombante.

Posteriormente, no he desdeñado, aun en los más serios trabajos, incluir algún detalle que produzca, al menos, una sonrisa en el lector. A continuación consigno el artículo que escribí en febrero de 1916.

El jabón como entidad morbosa Por el doctor Boquillón

*Sinonimia.* Adulonería, guataquería.

*Historia.* La historia del jabón se pierde en la noche de los tiempos. En nuestra escuela es endémico desde época inmemorial.

Ha sido confundido con la decencia, enfermedad muy rara. No tiene predilección especial por raza alguna y ataca a ambos sexos.

A veces se presenta en varios miembros de una misma familia, por lo que se considera que es contagioso.

Se observa entre los meses de octubre a junio y, en casos especiales, también en septiembre.

*Formas clínicas.* Los clásicos sólo describieron tres formas clínicas, bien determinadas por sus caracteres peculiares. Estas son:

1o. *Jabón de vista.* Forma atenuada que consiste en mirar fijamente al profesor mientras habla, de una manera especial, como si quisiera hipnotizarlo.

2o. *Jabón de cabeza.* Esta forma es más virulenta que la anterior y resiste mucho más al tratamiento. Se caracteriza porque el atacado realiza, rítmicamente, movimientos afirmativos con la cabeza, cada vez que el profesor termina un período o formula una afirmación que el enfermo considera interesante. Antiguamente se importaban de China ciertos muñecos de loza que debido a un simple mecanismo, realizaban movimientos análogos.

3o. *Jabón de duda.* Forma muy rebelde a todo tratamiento paliativo. Esta forma se caracteriza porque, a la terminación de la clase, el atacado se acerca al profesor para consultarle una duda que parece preocuparle, al extremo de hacerle perder el sueño. Es curioso hacer notar que las tales dudas son estudiadas con toda minuciosidad. Así, una vez

comenzada la explicación, el dudoso se da cuenta exacta rápidamente y demuestra así su rara inteligencia.

En varios casos observados por mí, he podido notar que los enfermos no reaccionan a los repetidos gritos de ¡jabón! que atruenan los pasillos.

Estas formas descritas son las clásicas, pero sucede con frecuencia que coexisten dos o aun las tres formas en el mismo caso y, entonces, la sintomatología, como se comprenderá, es compleja.

Modernamente se ha descrito una forma muy peculiar que el doctor Pingüín, de la Sigüanea, ha descrito con el nombre de «jabón patológico». Consiste esta forma en que el enfermo padece, de una manera más o menos real, de las afecciones correspondientes a las distintas especialidades de los profesores. Conozco un alumno que en el pasado curso fue operado de chalazión, tuvo rinitis hipertrófica, hematocolpos, y padeció de esprú, prostatitis y dengue. Como se ve, eso más que un alumno es una patología ambulante.

*Complicaciones.* Las complicaciones más corrientes son: sobresalientes, premios y aun becas.

*Diagnóstico.* El diagnóstico se hace de visu, teniendo en cuenta la sintomatología arriba descrita.

*Pronóstico.* Éste depende de la forma de que se trate. En las formas de vista y de cabeza, con un tratamiento adecuado, instituido a tiempo, pueden ceder sin dejar huellas, pero en las formas de duda y patológico, el pronóstico es siempre sombrío.

*Tratamiento.* El tratamiento, como el pronóstico, depende de la forma clínica. En las de vista y de cabeza da excelentes resultados que el profesor no mire al jabonero. La enfermedad resulta infructuosa y sobreviene la curación.

En las otras formas es necesario instituir un tratamiento más enérgico.

La dificultad de poner en práctica los anteriores tratamientos, consiste en que a muchos profesores les agrada, les encanta y les cautiva sentirse jaboneados.